

Para Moché, por todo este tiempo,
y porque las palabras, la mesa, porque el lago...

S. N.

*Cuando no puedo escribir,
es como si no pudiera respirar.*

S. Corinna Bille



- Quisiera que me llevaran unas flores.
- Con gusto, ¿tiene alguna preferencia, rosas rojas por ejemplo?
- Oh no, rosas rojas no, unas menos pretenciosas, ¿tiene anémonas de Japón, aster, o incluso unas flox, tal vez?
- Sí, por supuesto, le puedo hacer un lindo ramo de otoño, si le parece.
- Me gustaría, sí.
- ¿Y es para entregar dónde?
- Calle del Lago veintiocho, tercer piso.
- ¿A nombre de?
- Corinna Bille.

Después de haber ido a la floristería me detuve en un salón de té para tomar un café y escribir un poco. Quería ante todo apuntar el sueño de anoche. Últimamente pienso mucho en mi infancia. Allí, en mi sueño, en mi más tierna infancia, me vi en un trineo, abrigada en una cobija de lana gruesa que olía todavía a oveja, este olor acre y graso que no me gustaba entonces y que me encanta ahora, cuando tengo la escasa dicha de poder

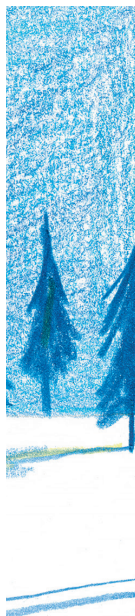


encontrarlo. Estaba en este trineo que tiraba a toda marcha entre los abetos cubiertos de nieve, tenía apenas dos o tres años y aun así íbamos a festejar Navidad donde mi hija, que esperaba un hijo.

Todo estaba mezclado, el pasado y el futuro, la infancia y la maternidad.

Por eso quería escribirlo, este sueño particular, pero con los preparativos, la maleta, atender un poco el correo, regar las plantas, no había tenido tiempo.

Además, esta parada en el salón de té porque quería que las flores estuvieran allí a mi llegada. Que me esperaran. No al contrario.



Estarán en la puerta, las recogeré, entraré e iré de inmediato a la cocina, sé dónde están los jarrones, ya me he quedado en esta pequeña ciudad a orillas del Léman, allí donde las montañas se adentran en el lago.

Volví a ver hace poco, bajando del tren, el Grammont, tan macizo, tan imponente, me sonreí al divisar las primeras nieves en su cima, y este gran chorro blanco, suave, de la cañada, y siempre estas nubes, que mantienen prisioneras de la cresta.

Pondré el jarrón al centro de la mesa de madera y saldré al estrecho balcón, miraré el lago y las montañas, unas suizas, otras francesas, a veces se ven tan cerca que uno cree poder tocarlas, parece que una de ellas no tiene nombre, se han olvidado de darle uno.

Me voy a quedar en este apartamento por tres semanas, tres semanas enteras para escribir, qué felicidad.

Porque Corinna Bille, soy yo, es mi nombre.

Me hice traer flores.

Sé que es una idea curiosa, lo admito, pero ¿han llegado a entrar a un lugar sin ninguna flor, ninguna planta, ningún animal, ninguna alma presente?

Las flores, siempre me han gustado, ¡y hasta qué punto, si supieran! Y en cambio, no siempre me he llamado Corinna.

Al comienzo de mi vida me llamaba Stéphanie.

Al comienzo de mi vida era una princesa que vivía en un castillo.

Al comienzo de mi vida las cosas eran un poco como en un cuento de hadas.

Así que empecemos por este comienzo, si les parece.









Soy una hija del amor. Me lo han dicho siempre.
Es una buena entrada a las lides de la existencia, creo. Un poco como en los cuentos, precisamente: se amaron y tuvieron muchos hijos.

Mis padres se amaron y tuvieron tres hijos, a los que hay que añadir los tres hijos de mi padre nacidos de su primera esposa, que murió muy joven, la pobre. Mi padre (que es también el padre de mis hermanos y hermanas medios, estoy segura de que me entienden porque las familias de hoy son a menudo mucho más complicadas que la nuestra, ¡y ni siquiera me atrevo a imaginar las familias del mañana!), así que mi padre se casó en segundas nupcias con mi madre, y nací, corría 1912, esto les debe de parecer muy lejos, luego llegaron mi hermano René-Pierre y mi otro hermano André.

Así que nosotros seis para los juegos, las carreras, las tandas de escondijo y de gatos y ratones en el castillo, ¡una maravilla!

Sí, y para que el cuento de hadas fuera completo, vivíamos en un castillo. Sin embargo, no teníamos carroza, pero sí una carreta tirada por un caballo, así como un trineo para nuestras largas salidas invernales y sobre todo, sobre todo... ¡un carro! Mi padre fue el primero en todo el Valais en tener un automóvil, era un Cottin & Desgouttes, una de estas bellas, largas y

amplias máquinas como de seguro se pueden ver todavía en los museos y de la cual se sentía orgulloso. Negro, con grandes ruedas laterales, rutilante cuando estaba recién lavado, mas no sabíamos adivinar su color cuando Papito volvía de alguna de sus excursiones por las carreteras polvorientas del cantón.

A veces nos llevaba con él, y pasábamos por pueblos perdidos donde los habitantes nunca habían visto un auto, les resultaba una especie de aparición diabólica, nos llegaron a perseguir, a tirar piedras e incluso un día, ¡por poco nos dan con un tarro de lata!

Nuestro castillo era en realidad una casa, pero tan vasta y tan bella, con sus galerías, sus terrazas, su techo de múltiples cumbreras, sus ventanas ojivales, que fue llamada *Le Paradou*, habitar allí era como vivir en el paraíso en la Tierra.

Un paraíso que al parecer se instaló en Sierre y cuya decisión no puedo sino celebrar: amo con locura, siempre he amado con locura mi Valais y sus montañas, sus arroyos y sus lagos.

Fue mi padre quien hizo construir esta imponente residencia; él, que venía de un pequeño pueblo del cantón de Neuchâtel, se enamoró de este lugar un poco salvaje a las puertas de la ciudad y decidió quedarse a vivir allí.

Es extraño como funciona la memoria. Les hablo del *Paradou* y de inmediato me vuelve su olor, tan particular, y vuelvo a ver los detalles, el gran salón, el taller de mi padre, pues Papito era un artista, esculpía, pintaba, grababa. Y componía vidrieras. Si las iglesias de Chamoson, de Sierre, de Chandolin, si el Hôtel de





